

Lo que hemos amado cambia. A veces  
nuestros ojos ya no ven el resplandor,  
pero el resplandor sigue allí. Sabemos  
que ni las palabras ni los trabajos que  
nos desgastan cotidianamente podrán servirnos  
para seguir adelante, cuando las bellas viajeras  
se han ido, y si miramos los días  
sólo veremos manchas dejando una estela  
de vacío en los párpados del que tiene sueño.  
Y no es hora de pensar, por ejemplo, en los  
que se levantan a las 5 de la mañana  
para ser explotados en las fábricas, sino  
en que también los compañeros se han sentido solos.  
Todos amamos, en los dormitorios de todos  
está pintada la ignorancia, nuestra oscuridad  
que balbucea y gruñe, nuestra luz inmóvil que habla  
en sueños. Afuera de nuestras zonas llueve  
y también en el alma del que está triste,  
y no encontramos aún la manera de unir los dos bosques.  
Los dos bosques llenos de movimiento.  
El amor y su ausencia nos hacen ver todas  
las aventuras desde una ventana increíblemente  
alta, casi al final de un rascacielos de pequeñas  
cositas tibias que se van helando en la memoria.  
Es bueno que ese edificio exista, y es bueno  
mirar por esa ventana confundidos entre  
nuestra tristeza personal y el vértigo.  
Pero los museos suelen ser horribles



y poco compatibles con las bellas viajeras.  
Nada tenemos, todo se acaba. Cuántos amigos  
les han dicho eso a sus amigos una tarde cualquiera.  
Pero yo sólo tengo estos versos. Nada queda sino  
nuestra ternura. Ese incendio gratuito: una forma  
de morir en un universo que no muere nunca (a ver  
si lo entiendes). Sabemos que las palabras pueden  
ser cambiadas, tampoco es la memoria una hilera  
de pinturas viejas. El amor, y su ausencia, a veces  
más amorosa que el amor mismo, nos devuelve nuestros  
cuerpos. Lo que hemos querido tanto sólo cambia,  
el resplandor continúa, también nosotros  
debemos cambiar y continuar, como los pájaros  
en los vientos del Norte y del Sur.  
Nada queda, pero tal vez nuestra ternura ya estaba allí,  
antes que la ilusión del vacío, tal vez nuestras  
contradicciones son como lunas en el final  
de la noche, tal vez la bella viajera no está  
muy lejos todavía, y si corres la alcanzas,  
desesperada, alegremente, un minuto o unos días  
o una estación completa del año, compartir  
con ella libremente el camino, sin que haya  
muerte en este poema para ti, ni en ti, ni en ella.

Barcelona, agosto 1978